



YO KO

UNAS MEMORIAS ESCRITAS POR DAVID SHEFF

LIBROS CÚPULA

YO KO

UNAS MEMORIAS ESCRITAS
POR DAVID SHEFF

TRADUCCIÓN DE PAU GROS

LIBROS CÚPULA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Este libro fue publicado originalmente por Simon & Schuster en marzo de 2025, bajo el título *Yoko*.

© de los textos: David Sheff

© de la traducción: Pau Gros

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2025

Depósito legal: B. 1.543-2025

ISBN: 978-84-480-4266-0

Impresor: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Prólogo: Pieza corte	13
Introducción: Hija del océano	19
 Parte I. <i>Above us only sky</i>	 35
Capítulo 1	37
Capítulo 2	45
Capítulo 3	53
Capítulo 4	61
Capítulo 5	71
Capítulo 6	81
Capítulo 7	89
 Parte II. The Ballad of John and Yoko	 97
Capítulo 8	99
Capítulo 9	111
Capítulo 10	117
Capítulo 11	129
Capítulo 12	139
Capítulo 13	149

Capítulo 14	157
Capítulo 15	167
Capítulo 16	177
Capítulo 17	187
Capítulo 18	195
Capítulo 19	203
Capítulo 20	213
Capítulo 21	221
Parte III. Solo Yoko	229
Capítulo 22	231
Capítulo 23	245
Capítulo 24	257
Capítulo 25	269
Capítulo 26	277
Capítulo 27	285
Capítulo 28	297
Capítulo 29	303
Capítulo 30	315
Capítulo 31	323
Capítulo 32	331
Capítulo 33	341
Epílogo: En este universo, todo está inacabado	353
Agradecimientos	357
Notas	361
Índice onomástico	413

CAPÍTULO 1

«Mis padres tenían una relación muy estrecha entre ellos, pero no conmigo —dijo en una ocasión Yoko—. Mi padre era un hombre muy distante. De pequeña, si quería verle, tenía que llamar a su despacho y concertar una cita. Y mi madre tenía su propia vida. Era una mujer preciosa y tenía un aspecto muy joven. Siempre solía decirme: “Tendrías que estar contenta de que tu madre parezca tan joven”.»⁴⁴

Yoko dijo una vez: «Adoraba a mi madre, pero el sentimiento no era recíproco, porque estaba demasiado ocupada viviendo su vida».⁴⁵

A pesar de que Yoko se sentía tremendamente herida por el desdén de sus padres y les guardaba resentimiento por eso, también admitía sentir un reticente respeto hacia ellos. De su madre, afirmó: «Me alegra que mi madre fuera de aquella forma en lugar de tenerla todo el día encima repitiendo “di mi vida entera por ti”; porque eso hubiera sido una gran carga. No tengo la sensación de deberle nada... o sea que, desde esa perspectiva, admiro su fuerza y su inteligencia. Si algo me enseñó mi madre, fue a ser independiente, una lección que me ayudó a no desmoronarme ante la olla a presión que era la situación familiar de los Yasuda-Ono».⁴⁶

Yoko no exageraba cuando hablaba de la presión a la que estaba sometida por formar parte de la prominente familia en la que

había nacido. Los Yasuda, la familia de su madre, fueron una de las cuatro familias más ricas e influyentes de Japón desde el siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial. El *zaibatsu* (o conglomerado empresarial familiar) de los Yasuda incluía, entre otros, el Banco Yasuda, uno de los mayores del país, que más adelante se convirtió en el Banco Fuji. El padre de Yoko, por su parte, era un directivo bancario. «Mi madre a menudo me decía: Tu padre solo era presidente de un banco. Mi padre era ‘el dueño’ de uno.»⁴⁷

Isoko, la madre de Yoko, era nieta de Zenjiro Yasuda, de quien en una época se decía que era la persona más rica de todo Japón, según *The New York Times*. «Mucha gente lo llamaba el [J. P.] Morgan japonés porque, como su homólogo estadounidense, no solo era ofensivamente rico, sino que, por medio de su banco, tenía también en sus manos la riqueza de otros.»⁴⁸ Además de ser un líder empresarial, también hacía sus pinitos en el arte: seguía varias tradiciones japonesas, como la ceremonia del té, y hacía de mecenas de actores de Kabuki y de luchadores de sumo.⁴⁹ En sus últimos años de vida, Zenjiro se convirtió en filántropo, y financió la construcción del Yasuda Kōdō (el auditorio Yasuda) de la Universidad de Tokio y la sala de conciertos al aire libre de Hibiya, también en Tokio.

Isoko era la menor de las hijas de la primogénita de Zenjiro. (Zenjiro básicamente adoptó tanto al marido de la madre de Yoko como al cuñado para que pudieran llevar el apellido de la familia.) De pequeña, tenía a su entera disposición todas las fincas de Zenjiro en Tokio, donde montaba a caballo y jugaba en sus opulentos jardines.

En una familia de ese calibre, resultaba inaceptable que una mujer trabajara, pero Isoko tuvo autorización para explorar sus aficiones. Durante su infancia y juventud recibió clases de pintura, canto tradicional e instrumentos musicales. Yoko describió a su madre como una *moga*, una «chica moderna».⁵⁰ Aún se conservan fotografías de Isoko con vestidos largos y ajustados traídos de París, collares de perlas y pintalabios de rojo intenso. Llevaba su cabello ondulado corto y con la raya en medio, como Greta

Garbo. Isoko asistía a fastuosas veladas, incluida una en el complejo de vacaciones de Karuizawa, donde su familia tenía una casa en las afueras de la ciudad, cerca del bosque. Es allí donde conoció a Eisuke Ono, un joven sorprendentemente alto, culto, atractivo y, lo más importante, músico.

Los antepasados de la familia del padre de Yoko, Eisuke, se remontan a un samurái venido a menos, cuyo hijo fue educado en Estados Unidos, donde se labró una exitosa carrera como hombre de negocios que lo llevó a convertirse en el presidente del Banco Industrial de Japón.⁵¹

Desde una edad muy temprana, Eisuke demostró ser un talentoso pianista, y soñaba con convertirse en concertista. De adolescente, hizo conciertos y recitales, y ganó cierto renombre dentro de los círculos de jóvenes que veraneaban en Karuizawa. Fue precisamente allí, en una fiesta en la casa de veraneo de la familia Yasuda, donde Eisuke conoció a Isoko.

En aquella época, eran las casamenteras quienes se encargaban de concertar muchos matrimonios en Japón, pero Isoko y Eisuke se enamoraron. «Mi abuela me explicó muchas veces que ella eligió casarse con mi abuelo antes de con muchos otros pretendientes que se presentaban, a ella o a su familia, con la esperanza de pedirle la mano», recordaba Akiko Ono, la sobrina de Yoko.⁵² Los Yasuda se opusieron al matrimonio. No porque los Ono no fueran una familia exitosa (el padre de Eisuke también era directivo de un banco), pero la fortuna de los Yasuda superaba con creces la de los Ono. Además, la familia de Isoko era budista, mientras que la de Eisuke era cristiana.⁵³ A todo eso había que sumarle que para los Yasuda era inconcebible tener por yerno a un músico. Esta objeción quedó relegada al olvido cuando Eisuke claudicó e hizo caso a los deseos de su padre, que quería que se dedicara a la banca, dejando de lado a regañadientes sus aspiraciones de labrarse un futuro como músico. Se matriculó en la Universidad Imperial de Tokio para estudiar Economía y Matemáticas. En 1927, con 25 años y recién graduado, empezó a trabajar como cajero en una oficina del Banco Yoko-

hama Specie de Tokio, donde fue ascendiendo de manera progresiva.

La boda de los Ono-Yasuda se celebró el 3 de noviembre de 1931, y fue un evento glamuroso donde no faltó ningún miembro de la alta sociedad de Tokio.

La pareja se mudó a una mansión rodeada de embajadas, en uno de los barrios más florecientes de Tokio. En palabras de Yoko, Eisuke, que iba escalando posiciones en el banco, seguía resentido por haberse visto forzado a abandonar su carrera musical. Isoko se ocupaba de la casa (una tarea que consistía básicamente en supervisar el trabajo de más de una treintena de criados) sin dejar de lado las clases de pintura y música. El matrimonio organizaba a menudo ostentosas fiestas. Eisuke, que era miembro del prestigioso Club de Campo Sagami, iba a jugar a golf tres veces por semana.

A principios de febrero del 1933, Eisuke se mudó a Estados Unidos tras ser elegido director financiero de la sede del banco en San Francisco. Isoko se quedó en Tokio. Estaba embarazada de ocho meses y medio.

La hija de Isoko y Eisuke nació exactamente dos semanas después de que él se marchase a Estados Unidos, a las ocho y media de la noche del 18 de febrero de 1933. La llamaron Yoko, un nombre que significa «niña del océano».

Con Eisuke aún en el extranjero, Isoko se fue a vivir a casa de sus padres, en una de las propiedades que los Yasuda tenían en Tokio. Yoko solo conocía a su padre por fotografías. Cuando se iba a dormir, su madre le mostraba una foto de Eisuke y ella tenía que decirle «buenas noches, padre».⁵⁴

Aún se conservan algunas fotografías y vídeos domésticos que documentan los primeros años de vida de Yoko. En una fotografía se la ve sentada, abrazada a un oso de peluche y vestida con un mameluco con capucha. En una de las películas, se la ve gateando hacia su madre, aún dormida. Isoko se despierta y abraza a su hija, acurrucándola y haciéndola brincar con suavidad.

Contrariamente a esas imágenes de madre cariñosa y devota, cuando Yoko creció se dio cuenta de que Isoko era fría y dis-

tante. Su madre era una mujer glamurosa, exuberante, que aparecía y desaparecía a su antojo: de compras, a cenar fuera. En las fiestas que organizaba Isoko, cuando la pequeña Yoko hacía acto de presencia era siempre en brazos de una niñera y con el fin de que las amigas de su madre pudieran soltar una ristra de «ah» y «oh», antes de ser devuelta a su habitación.

Yoko explicaba que Isoko simulaba ser una madre devota ante la cámara, para grabar los vídeos que después mandaba a Eisuke: «Nunca pasó tanto tiempo conmigo como cuando había una cámara delante».⁵⁵ Yoko afirmaba que su madre «era incapaz de admitir que era madre. Siempre hacía comentarios del estilo “Hoy conocí a tal y a cuál... y cuando se enteraron de que tenía hijos, ¡se quedaron boquiabiertos! ¡No se lo podían creer!” y frases de ese estilo».⁵⁶

Si bien era en gran medida una madre poco entregada, Isoko daba a las niñeras de Yoko instrucciones precisas sobre cómo criarla. Por ejemplo, tenían prohibido acunarla en brazos porque Isoko temía que ese vaivén pudiera causar daños en el cerebro de su hija.⁵⁷ Tampoco les permitía ayudarla a levantarse si tropezaba o se caía. «Aún conservo una imagen difusa de varias mujeres en kimono mirándome impávidas, sin tenderme la mano, mientras yo me esforzaba por levantarme del suelo», escribió Yoko. También recuerda que, cuando la familia salía de viaje, las niñeras debían desinfectar los asientos de los tranvías con bolitas de algodón mojadas con alcohol. «Mi madre tenía fobia a los gérmenes —explicó Yoko—, y a causa de ello, yo misma me convertí en una obsesiva de la limpieza. Recuerdo que una vez tiré al suelo un lápiz que una compañera de clase me había prestado solo porque noté que estaba caliente de su temperatura corporal. Aún hoy en día me resulta desagradable sentarme en un cojín o una silla que conserva el calor de alguien que se ha sentado antes.»⁵⁸

En 1935, Eisuke mandó a buscar a Isoko y a su hija para que viviesen con él en Estados Unidos. Yoko tenía dos años y medio cuando abandonaron Japón a bordo del MS Michuru. Yoko tie-

ne grabada la llegada a San Francisco, con esa brisa vigorizante y las luces del puerto.

Al desembarcar, Eisuke las estaba esperando en el muelle, vestido con un abrigo largo y un sombrero. Primero saludó a Isoko con un beso. Después reparó en Yoko, y le dio un beso de indiferente compromiso. Era la primera vez que Yoko veía a su padre.

Ya de mayor, recordó el momento en que Eisuke le pidió verle las manos. Cuando las extendió, su padre comentó con brusquedad que eran manos demasiado pequeñas para ser una gran pianista. «Creo que mis manos empequeñecieron aún más cuando pronunció esa frase», declaró Yoko.⁵⁹

Yoko reflexionó mucho acerca de la disparidad entre la niña que aparece en las películas domésticas (una niña que baila y juega) y la infancia llena de soledad y aislamiento que recuerda. «Aprendí a mostrar a mis padres solo aquello que querían ver —me dijo en una ocasión—. Quería que estuvieran orgullosos de mí, que me quisieran. Pero fui muy infeliz.»

Eisuke mandó a su familia de vuelta a Tokio en 1937, cuando Japón entró en guerra con China. Yoko tenía 4 años, y un hermanito llamado Keisuke (Kei), que había nacido el año anterior.

Isoko llevó a Yoko al jardín de infancia del colegio Jiyū-Gakuen, del que ella había sido alumna. Se trataba de una escuela progresista, centrada en las artes, como el canto y la composición.

Un día, el maestro hizo salir a la calle a toda la clase para escuchar los sonidos de la naturaleza (como el viento o el cantar de los pájaros) y traducirla a notas musicales. Para Yoko, convertir sonidos en notas musicales era algo innato. Aunque no reparó en ello hasta muchos años más tarde, esa fue su primera incursión en el arte conceptual.

En 1939, el banco trasladó a Eisuke a la sucursal de Nueva York. Un año más tarde, el 27 de septiembre de 1940, Japón firmó el Pacto Tripartito, que oficializaba su alianza con Alemania e Ita-

lia. Isoko temía que Estados Unidos prohibiese pronto la entrada de ciudadanos japoneses al país, así que viajó a Nueva York con Yoko y Kei para estar con su marido.

La familia se mudó a un barrio de la periferia de la ciudad de Nueva York. Yoko, que entonces tenía 7 años, fue a una escuela pública, donde tuvo su primera experiencia con el racismo. «Cuando en clase nos ponían alguna película, me fui dando cuenta de que los malos eran siempre asiáticos —afirmó—, y la sala entera, a oscuras, retumbaba con los abucheos de mis compañeros. Hubo incluso quien llegó a lanzarnos piedras.»⁶⁰

Vivían con las ventanas de casa cerradas porque los vecinos se quejaban del olor a comida japonesa. Y cuando Yoko y su familia paseaban por la calle, la gente les insultaba.

Los Ono regresaron a Japón en febrero de 1941, poco después de que Yoko cumpliera 8 años. Su marcha de Estados Unidos se produjo justo a tiempo. Un año después, más de cien mil estadounidenses de origen japonés fueron expulsados de sus casas e internados a la fuerza en «centros de reubicación».

Poco después de su regreso a Tokio, Eisuke fue trasladado a Hanoi como subdirector de la filial del banco en ese país. Yoko volvía a quedarse sin padre.

Yoko empezó a recibir clases de piano a los 3 años. Unos años más tarde, igual como había hecho Isoko, recibió formación en artes tradicionales japonesas, como canto, caligrafía y pintura.

Muy pocos niños eran considerados merecedores de jugar con Yoko. «Nunca se me pasó por la cabeza que jugar con otros niños fuera lo normal —dijo en alguna ocasión—.»⁶¹ Mi madre creía que el hecho de que yo tuviera amigos podía hacer que la gente se aprovechara de nosotros.»⁶²

Yoko se sentía profundamente sola. Pasaba tanto tiempo a solas que a menudo llamaba al personal doméstico para pedirles una taza de té solo para tener contacto con alguien.

Yoko sobrevivió a esa niñez gracias a su imaginación, hasta el punto de que su mente se convirtió en su compañera más fiel. Se refugiaba de forma instintiva en su mundo interior, y podía pasar

largas horas garabateando en una libreta e inventando historias. Le gustaba observar las nubes y soñar despierta. La constancia del cielo en su vida era para Yoko una fuente de paz y seguridad.